

CHRISTIAN RAMÍREZ

—Mayor William a la soldado Diana. Cuénteles al mayor qué ocurre que se la ve tan triste.

—Señor, no sé qué quiere decir.

—Quiero la verdad, soldado.

—Es el pasado, señor.

Es de madrugada y Diana de Gales juega con sus hijos al Juego de la Verdad, a la luz de las velas; por un instante, ellos parecen entender mejor las terribles angustias que la aquejan, porque William la refuta diciendo “creo que es el presente” y luego Harry agrega “creo que es el futuro”.

“Spencer”, la nueva película de Pablo Larraín que tantas comparaciones ha despertado con “Jackie” (2016), el otro filme del director centrado en una mujer de siglo XX cercana tanto al poder como a la desdicha, no

es exactamente una biografía de la princesa Diana; el propio filme lo advierte con un texto que va inserto al inicio —“una fábula a partir de una tragedia real”— y por lo mismo no intenta referirse a su boda de cuento de hadas o las infaustas circunstancias de su muerte (para quienes quieran en-

terarse o revivir esos detalles se recomienda ver las futuras temporadas de “The Crown”). El objetivo aquí es otro: usar las navidades de 1991, las últimas que ella pasó como integrante de la familia real británica, como una suerte de crisol donde su mundo privado y público efectivamente hace crisis; el punto en el que una persona cuya vida se ha ido desplegando ante los ojos de todos durante una larguísima década, de pronto dice “basta, no más”.

Para estos efectos, el lugar elegido por los realizadores es perfecto: Sandringham House, la laberíntica mansión donde la reina Isabel pasa la Navidad y parte del invierno desde los inicios de su mandato y que, vaya ironía, se encuentra ubicada a escasa distancia de Park Hou-

se, la casona donde Diana nació, creció y fue “libre” hasta los 14 años. En la película, al menos, todos esos recuerdos se encuentran muy atrás, totalmente fuera de alcance: mientras la suntuosa Sandringham se ha vuelto parte del espectáculo sin fin de la Corona —cada invitado a las fiestas es pesado a su entrada y a su salida del

“Spencer”, de Pablo Larraín:

Casa desolada



KOMPLITZEN FILM / FABULA

No es exactamente una biografía de la princesa Diana, sino, dice el filme, “una fábula a partir de una tragedia real”.

lugar, para comprobar que fue bien alimentado y satisfecho, de cara a la prensa y a los súbditos—, la abandonada Park House, separada del terreno vecino por pastizales y alambres púas, parece salida de una novela de Dickens. Si ya verla de lejos despierta en la protagonista memorias por largo tiempo dormidas, volver a entrar en

ella sería tentar a los demonios.

Eventualmente, estos despiertan, y si bien no se trata exactamente de los fantasmas de las navidades pasadas, presentes o futuras, las alucinadas visiones que acosan a Diana dan cuenta de una personalidad en serio riesgo de disolución y de un espacio narrativo donde lo real, lo imaginado y lo

plasmado en pantalla están continuamente sometidos a cuestionamiento. Ello a través de secuencias que refieren directamente a “El resplandor” (1980), de Kubrick; “Repulsión” (1965), de Polanski, y a los largos planos cámara en mano que Terrence Malick ha venido incluyendo en sus películas, desde “El árbol de la vida”

(2013). Dicha estrategia llama la atención, sobre todo considerando que Larraín nunca ha sido un director que ponga de manifiesto sus influencias cinematográficas, pero es posible que estén ahí, visibles, para dar sustento al *tour de force* emprendido por Kristen Stewart en el papel principal. Interesante: la suya es una interpretación sin concesiones, pero que al mismo tiempo nunca escapa ni desborda los confines y modesto diseño que la película fija para sí misma. Al contrario que la tradicional *biopic* facturada para la temporada de Oscar, “Spencer” insiste en mantenerse de principio a fin en calidad de obra de cámara —el guion de Steven Knight podría adaptarse como pieza teatral sin problemas—, algo que sirve a los propósitos artísticos de un Pablo Larraín que ya ha estado ahí, conduciendo personajes a través de escenarios de claustrofobia. Guardando todas las diferencias del caso, los amplios corredores, las opíparas cenas y las decenas de vestidos que aprisionan a Lady Di no son tan distintos a la miserable pieza que habita Raúl Peralta, el obsesivo protagonista de “Tony Manero” (2008). Espacios que se vuelven uno con sus personajes, hasta hacerlos gritar.